



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 10818

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 25 DE NOVIEMBRE DE 1897

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

CAMILO PÉREZ LURBE

12, CASTELLINI, 12

Material completo para minas, obras públicas, agricultura y construcción.

Instalaciones de máquinas de extracción y desagües. Especialidad en cables y cuerdas de abacá, acero y hierro.

Vías, rails, Wagonetas, picos, martillos, azadas, legones, palas, barrenas, etc.

Bombas, fraguas, poleas, mandriles y toda clase de maquinaria

MDME. NOTTIN.

Representante: CONCEPCIÓN DÍAZ

Se ha recibido un elegante surtido de SOMBREROS DE SEÑORA

También se han recibido MODAS INFANTILES

del mejor gusto y elegancia.

Esta casa se encarga de toda clase de reformas.

PRECIOS ECONÓMICOS
Palas, 2, entresuelo, Casa de Telégrafos

LA CUESTION DEL DÍA

Ha quedado resuelta en principio la cuestión batallona que tanto ha movido estos días la opinión. Las comisiones de catalanes que fueron á Madrid para echar el peso de su influencia en la balanza del proteccionismo, han visto defraudadas sus esperanzas, la energía del Sr. Moret, primero, y la del gobierno, después, han dado al traste con sus desmedidas pretensiones de que se sacrificara á sus intereses particularísimos el interés supremo de la nación.

No por eso acallará su voz el elemento nacional que se opone á que se le conceda á Cuba la auto-

nomía arancelaria; mientras abrigue una esperanza, por fugaz que sea, de conservar sus privilegios, no cederá el terreno; como no lo cedió en otras ocasiones en que se puso en tela de juicio la justicia en que dichos privilegios se fundaban.

Y aun tienen esperanzas los fabricantes de Barcelona de que su campaña les lleve a donde desean; aun no se dan por vencidos en la lucha; aun se resisten á reconocer que hay horas fatales en el tiempo que presiden derrumbamientos seculares, y aunque el ministro de Ultramar ha dicho que antes que quitar una coma de sus proyectos dejará la cartera provocando una crisis, y el Consejo de ministros se ha ocupado en el asunto, aprobándolo en la forma que el Sr. Moret lo ha presentado, quedan aun algunas horas para presentar los proyectos á la sanción real y esas horas serán aprovechadas con actividad febril.

La comisión del Fomento de la Producción Nacional dice hablar en nombre de esa misma producción nacional (representa el Circulo de la Unión Mercantil) y los industriales socios de ese círculo han representado ante el gobierno pidiendo precisamente lo contrario que solicitan las comisiones catalanas.

¡Producción nacional! En ella debe comprenderse lo que produce Cuba; y si la producción nacional tiene derecho al amparo de los poderes públicos, no comprendemos como se pretende que se deje desamparada la producción cubana, no siendo marroquí, sino española.

Lógica, más lógica. Justicia, más justicia. Harto tiempo han prosperado los privilegios á expensas de las conveniencias públicas. Justo será que se rindan ahora aquellos ante las conveniencias de la paz.

EN DEFENSA DE LOS NIÑOS

La aparición de la compañía infantil Bosh en el escenario del teatro Moderno de Madrid, ha promovido entre buena parte de la prensa de la corte protestas y reclamaciones contra la explotación de la niñez.

El afamado autor de «Juan José», director del periódico «El País», ha dirigido con tal motivo una carta al gobernador señor Aguilera, la cual ha sido publicada por dicho periódico con el título de «Carta abierta».

Para que nuestros lectores saboreen tan hermoso documento lo insertamos á continuación.

Dice así:
«Obligación es de los grandes favorecer á los pequeños. De ahí que yo me dirija á V. E.; porque V. E., á más de ser grande por la talla tiene el corazón á la talla proporcionado.

Estas son mis noticias y si V. E. quiere confirmárlas con hechos, ocasión tiene que ni de molde. Quisiera yo, y perdone V. E. la molestia que le produzco, que V. E. dando esquinazo, por media hora, á los majaderos que en su despacho le adulan y cortesanear, tomase un cochecito, aunque fuera de punto (no es mi ánimo cansar á las caballerías oficiales) y una vez dentro de él hiciera rumbo al teatro Moderno, calle de la Libertad, una calle que siempre anda á puñetazos con su nombre; en esa calle vive «La Epoca» y un poco más arriba, en el teatro, han plantado sus reales unos secuestradores de niños.

Acaso lo sean sin darse cuenta clara de lo que son, pero es lo cierto que secuestradores resultan.

Secuestradores, señor gobernador de Madrid, secuestradores: ni me vuelvo atrás, ni pongo dinero por la denuncia como acostumbran algunos, ni rehuyo sus consecuencias personales como hacen y han hecho otros que llevan el valor en la lengua y la conciencia de sus actos en los tacones de las botas; secuestradores, más penables que los que andan por los caminos á vueltas con la guardia civil; aquéllos, los de manta al

hombro, pistola al cinto y escopeta al brazo secuestran hombres para quitarles su oro, y éstos secuestran criaturas para quitarles su niñez; el primer delito consiste en robar á un ser humano su parte de propietario, el segundo en robarle su parte de ángel. Ya vé V. E. que no hay paridad.

La existencia sólo tiene un pedazo feliz; la infancia; pobres y ricos gozan de ella; porque el niño ni repara en trajes, ni en metales, ni en posiciones; juega y ríe, no tiene otra cosa que haber; una madre que le acaricie, un compañero con quien tirarse de los pelos y un sol que se deshaga en rayos sobre su cabeza mientras sus labios se deshacen en risas sobre su cara. ¿Para qué más?... ¿Juguete?... De cualquier cosa sale uno. Hasta del fango del arroyo hacen los muchachos juguetes.

¿Qué edad tan hermosa, E. S. I... No recuerda V. E. cuando sus hijas, que hoy son dos mujeres, muy guapas por cierto, jugaban por los paseos del Retiro, de la Castellana, por los jardinitos de la Moncloa ó del campo del Moro?... Sin preocupaciones, sin trabajos, con libertad de alma y cuerpo, corrteaban ellas con otras chiquillas y chiquillos y estoy seguro de que V. E. al contemplarlas sin más oficio, ni más deseo que divertirse, gritaba hacia adentro: «¡Que se diviertan, que se diviertan mucho, bastante les queda que sufrir!»

Pues bien, los niños del teatro Moderno no se divierten, divierten: no ríen, hacen reír; no cantan para ellos, cantan para el público que tiene el mal gusto de aplaudirles en lugar de llorar por ellos como se llora por los desdichados. Esos niños, que tienen ocho, diez, doce años á lo sumo, no utilizan sus ojos para mirar al cielo con desca- rados de charrán ó de hembra corrida; no abren su boca con risa franca, la ragan con chulesco mohín; no lanzan por ella gritos incoherentes, frases candorosas, sino suspiros de á tanto el segundo y chistes de teatros por horas: no mueven su cuerpo con movimientos libres de chiquillo en asueto, sino con libertino compás ó con repugnante coquetaría; no alzan pies y piernas para correr por los jardines públicos respirando oxígeno y tragando sol, sino para danzar entre arbolillos de cartón y

ahogarse en una atmósfera viciada y exhibirse á la luz de las candilejas eléctricas. No es el padre, no es el hermano, no es el compañero de juegos quien mete en su alma afectos puros, sentimientos nobles, ideas generosas, los primeros equipajes de la existencia; es un apuntador quien arroja por su ojo adentro pasiones, vicios, impurezas y maldades humanas, lo que se recoge luego, cuando avanzan los años y se entenebrece los recuerdos de la niñez... ¡Qué horrible en todo esto, señor gobernador de Madrid! Cuando esas demas criaturas duerman, estas representarán sobre un escenario cuando las otras van á pasear, estas van al estudio; cuando las primeras se ocultan en el nido de los pájaros, las segundas, no las últimas, porque estas son las últimas; escuchan las advertencias del trapante; cuando las otras ganan su pan con sus risas, estas ganan el pan con sus risas de las damas. Mientra aquellas acarician á su padre, estas entran en el empresario... ¿Qué contraste, eh?

Pues hay más... Nosotros, los que hemos sido niños, empezamos á conquistar la vida á los veinte años; cuando éstos, que no han sido niños jamás, los cumplan ya no podrán conquistar nada... Serán un sobrante, un excedente de humanidad perdido para el mundo; dieron lo suyo antes de tiempo y llegaron destrujados á los comienzos de la lucha. ¡Y esto se permite en Madrid! Estoy seguro de que V. E. no ha parado mientras en ello... Sí, cómo iba á tolerarlo.

¡Por caridad! ¡qué por caridad! por justicia, que no continúe esa explotación. V. E. puede contribuir á evitarla; nosotros, podemos ayudarle mucho también.

Yo, de mi parte, les aseguro una cosa!

Esa compañía piensa representar mi obra «Juan José». Piensa mal; con esta fecha escrito á mis editores para que le prohiban representarla.

«Juan José» y mis otras comedias son mi caudal único; pero francamente, dinero así ganado me repugna.

No quiero lucrarme con la niñez; no quiero ser cómplice en ese delito de la infancia.

JOAQUIN DICENTA.

dante de la fortaleza. En cuanto á los cuarenta millones, obraremos de otro modo.

—¿Podría V. E. manifestarlo?

—Esperaremos á mañana á la noche, para cuyo efecto pondré una comunicación al comandante de la fragata con el fin de ganar tiempo y engañarlo bajo el pretexto de que en dicha noche trasladaremos los millones á bordo. Mientras tanto podemos inquirir datos y enterarnos de lo que debemos temer y esperar.

—Es lo mas prudente, contestó Valdivia.

—Entonces sentaos y escribid lo que os dicte.

El secretario mas contento con esta medida, para él contemporizadora, tomó papel y pluma y esperó que el jefe principiase á dictar.

Después de algunos momentos de meditación, concibió este artificioso escrito:

—Señor comandante de la fragata Sirena.—Tengo la honra de participar á V. E. de que en este momento que son las doce de la noche, queda verificado el arresto de los tres jóvenes que se ha servido indicarme, en virtud de las órdenes que V. E. me ha comunicado. Al mismo tiempo, debo poner en su conocimiento que los veinte millones restantes, para el completo de los cuarenta que habían de llegar á esta plaza mañana al medio día, no lo-

legítimos, y los que pueden haber perecido sean los falsarios, puesto que los documentos presentados aparecen como verdaderos?

—Valdivia, no estamos para refinar el concepto. Puesto que la fragata se ha presentado para sacarnos de estas dudas, que ella sea la conductora de los cuarenta millones.

—V. E. hará aquello que juzgue mas conveniente; pero no puede ser la fragata una nueva impostora que se vale de títulos falsificados para llevarse ese tesoro?

—¡Oh! basta, basta; estais confundiendo mi imaginación con tantos temores, exclamó el gobernador algun tanto irritado. No hablemos mas del asunto y cumplid mis órdenes al instante.

—Obedezco, contestó el secretario.

—Haced que el capitán de mis guardias pase con cuarenta soldados á la fonda del Ancora verde y proceda á la prisión de los tres jóvenes.

Al tiempo de referir estas palabras entregó la orden que anteriormente escribiera.

—Está bien, contestó Valdivia con repugnancia.

—Disponed que sin pérdida de tiempo sean conducidos al fuerte del Arsenal, donde serán encerrados bajo la mas estrecha responsabilidad del coman-

—Es inútil toda observación, prosiguió el jefe afectando un enfado repentino, único medio que encontró para salir de aquella posición aporajada. El comandante de esa fragata, que aparece pertenecer á la marina real francesa, me ha entregado las últimas instrucciones y debo obedecerlas. Mañana, luego que lleguen los veinte millones que se esperan, y de cuyo conductor recibí un parte al anocheber diciéndome que entraría en Cartagena á las doce del día, serán conducidos á bordo de la Sirena. Puesto tal es el nombre de esa fragata, en unión de los otros veinte que ya han ingresado en el puerto, este efecto aquí tenéis extendida esta orden de mi puño y letra para que se la entreguéis al conductor mayor y sea obedecida.

El gobernador tomó de la mesa una de las órdenes que Asimá le había dado media hora antes y la puso en manos de Valdivia.

Este la miró, la leyó y se encogió de hombros apretando los labios al mismo tiempo como un hombre que no comprende lo que pasa.

—Ya concebéis, dijo, que tengo motivos poderosos para obrar así, y mucho mas os llamaré la atención cuando leais esta segunda orden que es necesario ponerla en práctica sin pérdida de tiempo.